EL POBRECITO HABLADOR.

REVISTA SATÍRICA DE COSTUMBRES, &c. &c.

POR EL BACHILLER

D. JUAN PEREZ DE MUNGÍA,

N.º 1.º

¿Quién es el Público, y dónde se le encuentra?

Articulo robado.

BIBLIOTECA NACIONAL

MADRID.
IMPRENTA DE REPULLÉS.
Agosto de 1832.

DOS PALABRAS.

No tratamos de redactar un periódico: 1.° porque no nos creemos ni con facultad, ni con ciencia para tan vasta empresa: 2.° porque no gustamos de adoptar sujeciones, y mucho menos de imponérnoslas nosotros mismos. Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurran, ó las de otros, tales cuales las encontremos para divertir *al público, en folletos sueltos de poco volúmen y de menos precio, este es nuestro objeto; porque en cuanto á aquello de* instruirle, *como suelen decir arrogantemente los que escriben de profesion ó por casualidad para el público, ni tenemos la presuncion de creer saber mas que él, ni estamos muy seguros de que él lea con ese objeto cuando lee. No siendo nuestra intencion sino divertirle, no seremos escrupulosos*

en la eleccion de los medios, siempre que estos no puedan acarrear perjuicio nuestro, ni de tercero, siempre que sean lícitos, honrados y decorosos. A nadie se ofenderá, á lo menos á sabiendas; de nadie bosquejaremos retratos; si algunas caricaturas *por casualidad se pareciesen á alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérsele. Adoptamos por consiguiente con gusto toda la responsabilidad que conocemos del epíteto* satíricos *que nos hemos echado encima: solo protestamos que nuestra sátira no será nunca* personal, *al paso que consideramos la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas, útil, necesaria, y sobre todo muy divertida.*

Siendo nuestro objeto divertir por cualquier medio, cuando no se le ocurra á nuestra pobre imaginacion nada que nos parezca suficiente ó satisfactorio, declaramos francamente que robaremos donde podamos nuestros materiales, publicándolos íntegros ó mutilados, tra-

ducidos, arreglados ó refundidos, citando la fuente, ó apropiándonoslos descaradamente, porque como pobres habladores hablamos lo nuestro y lo ageno, seguros de que al público lo que le importa en lo que se le da impreso no es el nombre del escritor, sino la calidad del escrito, y de que vale mas divertir con cosas agenas que fastidiar con las propias. Concurriremos á las obras de otros como los faltos de ropa *á los bailes del Carnaval pasado: llevaremos nuestro miserable ingenio, le cambiaremos por el bueno de los demas, y con ribetes distintos lo prohijaremos, como lo hacen muchos sin decirlo; de modo que habrá artículos que sean una capa agena con embozos nuevos. El de hoy será de esta laya. Ademas, ¿quién nos podrá negar que semejantes artículos nos pertenezcan despues de que los hayamos robado? Nuestros serán indudablemente por derecho de conquista. Habrálos tambien sin embargo enteramente nuestros.*

Siguiendo este sistema no podemos

fijar las materias de que hablaremos; sabemos poco, y aun sabemos menos lo que se nos podrá ocurrir, ó lo que podremos encontrar. Reirnos de las ridiculeces; *esta es nuestra divisa*: ser leidos; *este es nuestro objeto*: decir la verdad; *este nuestro medio.*

Aunque nos damos tratamiento de nos, *bueno es advertir que no somos mas que uno, es decir, que no somos lo que parecemos; pero no presumimos tampoco ser mas ni menos que nuestros* coescritores de la época.

Quién es el Público, y dónde se le encuentra?

(*Articulo mutilado, ó sea refundido.* Hermite de la Chaussée d'Antin.)

El Doctor tú te le pones,
el Montalban no le tienes,
con que quitándote el Don
vienes á quedar Juan Perez.

Epigrama antiguo contra el Dr. Don Juan Perez de Montalban.

Yo vengo á ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos: no tengo mas defecto, ó llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las mas veces sin que nadie me pregunte mi opinion: váyase porque otros tienen el de no hablar nada, aunque se les pregunte

la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinion, y la digo, venga ó no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril é inocenton, nadie estrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezon de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle *nuestras* vigilias y tareas *quisiéramos* saber con quién *nos* las *habemos*.

Esa voz *público*, que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodin de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vana de sentido, ó es un ente real y efectivo? Segun lo mucho que se habla de él, segun el papelon que hace en el mundo, segun los epítetos que se le prodigan, y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser alguien. El público es *ilus-*

trado, el público es *indulgente*, el público es *imparcial*, el público es *respetable*: no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, *¿quién es el público, y dónde se le encuentra?*

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona á buscar al público por esas calles, á observarle, y á tomar apuntaciones en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caractéres distintivos de ese respetable señor. Paréceme á primera vista, segun el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los dias y parages en que suele reunirse mas gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas llámolo público, á imitacion de los demas. Este dia un sin número de oficinistas y de gentes ocupadas ó no ocupadas el resto de la semana, se afeita, se muda, se viste y se perfila: veo que á primera hora llena las iglesias, la mayor parte por ver y ser visto; observa

á la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los pies delicados de las bellezas devotas, les hace señas, las sigue, y reparo que á segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas: aqui deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no estan, ó no quieren estar en casa: alli entra, habla del tiempo, que no le interesa, de la ópera, que no entiende &c. Y escribo en mi libro: *el público oye misa, el público coquetéa* (permítaseme la espresion mientras no tengamos otra mejor), *el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, á donde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos despues de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdon suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas*: idea que confirmo al pasar por la puerta del Sol.

Éntrome á comer en una fonda, y no sé por qué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando

por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida &c., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruido, mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes á todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno ó solos dos mozos mugrientos, mal encarados, y con el menor agrado posible; repitiendo este dia los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, ó por mejor decir agua teñida, ó cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: ¿qué alicientes traen al públi-

co á comer á las fondas de Madrid? Y me contesto: *el público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local.*

Salgo á paseo, y ya en materia de paseos me parece dificil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salon del Prado, ó pasea á lo largo del Retiro, otro mas llano visita la casa de las fieras, se dirige hácia el rio, ó da la vuelta á la poblacion por las rondas. No sé cuál es el mejor; pero sí escribo: *un público sale por la tarde á ver y ser visto; á seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, ó enredar otras nuevas; á hacer el importante junto á los coches; á darse pisotones, y á ahogarse en polvo; otro público sale á distraerse, otro á pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste á las novenas y Cuarenta Horas, y con otro, no menos ilustrado atendidos los carteles, que concurre al teatro, á los novillos, al fantasmagóri-*

co Mantilla, y al circo olímpico.

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos á la gente: yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche ó á caballo, que es el mas peligroso de todos los públicos; y como mi observacion hace falta en otra parte, me apresuro á examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular estrañeza que *el público tiene gustos infundados*: le veo llenar los mas feos, los mas oscuros y estrechos, los peores, y reconozco á mi público de las fondas. Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo del Tívoli, acaso mejor situados? De aqui infiero *que el público es caprichoso.*

Empero aqui un momento de observacion. En esta mesa cuatro militares disputan, como si peleáran, acerca

del mérito de Montes y de Leon, del volapie y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo se van á matar, se desafian, se matan en efecto por defender su opinion, que en rigor no lo es.

En otra cuatro leguleyos, que no entienden de poesía, se arrojan á la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicterios, disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aqui cuatro poetas, que no han saludado el diapason, se disparan mil epígramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Alli cuatro viejos, en quienes se ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo asi, de su época, convienen en que los jóvenes del dia estan perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentia en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera.*

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan á escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas, y en la importancia de los resultados que tal ó cual artículo, tal ó cual vindicacion debe tener en el *mundo*, que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdon de mi examinando: *el ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende.*

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas: un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando, ó bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara: todas estan llenas; en todas el Yepes y el Valdepeñas mue-

ven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan á subirse á la cabeza del público, que no se entiende á sí mismo. Casi voy á escribir en mi libro de memorias: *el respetable público se emborracha*; pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase *in pectore* mi observacion y mi habladuría.

Otra clase de gente entre tánto mete ruido en los villares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque este es de todos los públicos el que me parece mas tonto.

Abrese el teatro, y á esta hora creo que voy á salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Esta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelacion. Represéntase una comedia nueva: una parte del público la aplaude con furor; es